

Relato para los niños-3. Cuarta Época Trinitaria. De Micael a Adviento

Queridos niños, queridas familias, queridos amigos.

Retomemos nuestro relato con la imponente imagen que se le presenta a la mirada atenta de Juan.

De rodillas contempla todos estos personajes que colman su alma de devoción y reverencia...

¿Qué vemos en esa representación?



Juan de rodillas mira asombrado:

Un gran sol majestuoso en el fondo con seres como llamas de fuego, un trono en el que está sentado el Gran Regidor del universo. Es un espacio rodeado de cielo y nubes, con angelitos.

—El otro día contaste que él cruzaba una puerta.

—Sí, así es. ¿Veis la puerta que el pintor también ha querido plasmar?

—Sí, sí, arriba a la izquierda; también hay un ángel que lleva algo en las manos... no está muy claro.

—Además a cada lado del Gran Trono, hay unos asientos colocados de manera semicircular y delante personas arrodilladas. ¿Quiénes son? ¿Qué hacen?

—Si conseguís contarlos, son 12 "Ancianos" a cada lado del trono (así los presenta Juan) 12 como las horas del día y la noche que sumados dan 24... O los doce portales celestes que en su parte de luz y oscuridad se desdoblán en 24. Todos ellos de rodillas dan testimonio de que están al servicio del Gran Rey, el que creó el universo y todas sus criaturas. Igual que las 24

horas se rigen por el gran astro solar, ellos son guiados por el nuevo sol que cada uno ha dejado germinar y crecer en su templo interior...

— ¡Ah! Y apoyado en las rodillas del Gran Señor del universo hay un corderillo blanco. En una tarima a sus pies, a los lados y enfrente un águila real, un león alado, un toro alado y un ángel; son cuatro ¡como las cuatro direcciones de la tierra!

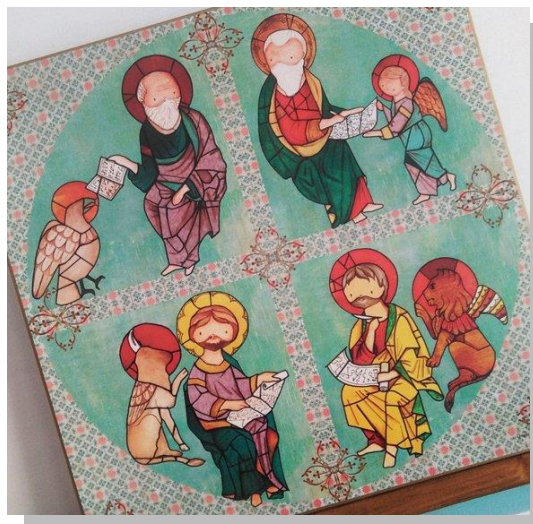
— Nicole, un día nos hablaste de estos 4 seres mitad cielo, mitad tierra.. Y me parece que el águila representaba a Juan el evangelista... ¿Es así?

— ¡Sí, qué bien que lo menciones! Ya que estamos, ¿el toro, el león y el hombre alado a quién aluden? ¿A qué evangelista?... os dejo hablarlo con los papás y me lo contáis...

Realmente el pintor se ha esmerado para no olvidar ningún detalle de lo que Juan ve y nos transmite.

Juan, en ese tiempo, se decía a sí mismo:

«Toda mi vida, mis pruebas, mis dificultades han sido una preparación para este momento inesperado y lleno de gracia... mis ojos, mis oídos del alma, mi corazón pueden ahora cobijar tan inabarcable mensaje... ¡Cuán agradecido estoy a la vida, cuán agradecido estoy de todo lo que he aprendido! ¡Y qué responsabilidad la mía! Ahora puedo entender el por qué y para qué de tantos desafíos», se repetía una y otra vez.



No le dio tiempo a seguir con sus reflexiones, pues la voz potente volvió a alzarse hablándole con fuerza mientras que la imagen iba transformándose. Y es que la mirada de Juan, de pronto, se percató que el que estaba sentado en el trono sostenía en su mano derecha... ¡Un libro de oro escrito por dentro y por fuera! Brillaba entre sus dedos como el sol al amanecer, su luz se extendía irradiando por todo el espacio circundante y estaba sellado no con un sello sino, ¡con siete sellos! y escuchó:

—¿Quién tiene un corazón puro y translúcido como el cristal para que pueda mirar, coger el libro y abrir sus sellos?

Los cantos de alabanza que hasta ahora llenaban todo el espacio y se elevaban hacia el trono se pararon... hasta los incensarios dejaron de sahumar y sus aromas se quedaron como retenidos en el aire... *todo se silenció, las respiraciones se retuvieron esperando una respuesta, un gesto, alguien que se manifestara a la altura de esta petición.*

Juan no se lo podía creer, nadie pero nadie, ni en las mayores alturas del cielo, ni en las mayores profundidades de la tierra, ni en toda la amplitud de sus horizontes, nadie era digno de coger el libro, abrir sus sellos y leer el futuro que desvelaba..

El corazón de Juan se desgarró, un llanto viejo como el mundo llenó el espacio. Sus lágrimas de impotencia y dolor se transformaban en ofrenda, en perlas preciosas que resbalaban sobre las nubes.

Un anciano se le acercó y le dijo:



—Mira, abre los ojos, el León de Judea, descendiente del gran rey David, Él, es el vencedor y puede coger, mirar el libro y abrir los siete sellos.

Juan elevó de nuevo la mirada pero sus ojos no toparon con un león majestuoso sino contempló un cordero blanco, manso, herido, con signos que había sido inmolado pero estaba de pie delante del trono. Tenía siete cuernos y siete ojos.

Juan seguía cada uno de sus movimientos, no se perdía ningún detalle.

El cordero se acercó, cogió el libro. Era el único en todo el gran universo, digno de ello. El silencio reverencial que hasta ese momento inundaba todo el espacio se llenó de un nuevo canto. Todos los que rodeaban el trono se inclinaron frente al cordero, llenos de veneración. Todo era júbilo, gozo, alegría. Todos los seres creados en el cielo, en la tierra, debajo de la tierra y en el mar, todos sin excepción clamaban:

«Nuestro corazón alaba al Gran Rey del universo y a su fiel servidor el Cordero,

En Él, el amor de poder se transforma en poder de amor.

Él es nuestra bendición, la luz que ilumina nuestro camino, el coraje para proseguir con su obra»

A partir de ese momento en el Gran Templo Celeste se pudo abrir los siete sellos y se desveló el misterio del Libro de Oro. ¿Cuál era ese gran misterio? En nuestro próximo encuentro, lo escucharemos.

Que tengáis un bello fin de semana. Con afecto, Nicole.

Nicole Gilabert, sacerdote de la Comunidad de Cristianos en España. Noviembre 2020.

